

LISTA Y ARAGÓN, ALBERTO (1775-1848)

POESÍAS FILOSÓFICAS

I

La beneficencia.

Nostri pars optima sensus.  
JUVEN.

Alma beneficencia, ya te canto:  
asaz sonaron en mi acorde lira  
del dios vendado la funesta ira  
y de su madre el venenoso encanto:  
asaz en la ribera

del patrio Betis aumente su gloria,  
cuando en voz placentera  
sus flechas celebrando y mi victoria,  
de Emilia los loores  
aplaudieron las ninfas y pastores.

Dulce ilusión, aunque gozosa, vana,  
que lo mejor robaste de mi vida,  
huye veloz, como la luna herida  
del triunfante esplendor de la mañana.  
¿Qué fuego desusado

hierve en mi pecho? ¿qué centella ardiente  
con brillo regalado  
penetra el seno a mi ofuscada mente,  
y de su horror oscuro  
brota de la virtud el rayo puro?

No más hermoso entre la niebla fría  
del alterado piélago de oriente  
levanta el sol la enrojecida frente,  
padre y monarca del rosado día;

no más tierna la aurora

sobre la flor del aterido prado  
su blando aljófara llora;  
no más sereno el céfiro templado  
dulce calor fecundo  
vierte en los seres del inmenso mundo.

Salve, luz celestial: fuego escondido,  
que en este yerto corazón dormías,  
salve: disipa con tus llamas pías  
la ciega oscuridad de mi sentido:  
mi espíritu enardece:

purifica mis labios: pueda el canto,  
que ya en mi pecho crece,  
si la voz de un mortal alcanza a tanto,  
domar la envidia fiera,  
e igualar de los siglos la carrera.

O más bien, vuela tú; y al triste humano  
comunica tu llama abrasadora  
en la fulgente cuna de la aurora,  
y donde hiela el último Océano:  
tu ardor hermoso sienta

desde el feroz caribe, que tranquilo  
de sangre se alimenta,  
hasta el esclavo estúpido del Nilo,  
que a la alzada cuchilla,  
cordero inerme, la cerviz humilla.

Se verá entonces la anchurosa tierra  
en hermanales vínculos unida,  
y huyendo de tus rayos pavorida  
su negro pabellón plegar la guerra:  
odio, rencor, venganza,

interés, ambición, copiosos males,  
que dio con la esperanza  
la caja de Pandora a los mortales,  
ya tan infaustos nombres  
sólo en la historia aprenderán los hombres.

Pálido cae de vuestra impura frente  
el funesto laurel, que la adornaba;  
y el orgullo infernal, que os animaba,  
postráis rendidos a la luz naciente.  
¿No veis la envidia horrenda,

que el celeste esplendor bramando esquiva;  
y por oculta senda  
vertiendo fiera su ponzoña activa,  
huye con raudo vuelo  
a nunca más turbar la luz del cielo?

¿No veis, no veis al ciego fanatismo,  
de su ominoso solio derrocado,  
cuál gimiendo se lanza despechado  
a la negra mansión del patrio abismo?  
El puñal de Megera

ved cuál se escapa de su ardiente mano:  
ved de su cabellera  
las serpientes dormir: el grito insano,  
precursor de destrozos,  
oprime ya con pérfidos sollozos.

Pérfidos, sí: que ardiendo en viva saña  
recuerda altivo sus funestas glorias,  
de Merindol y Albiga las victorias,  
y la extinguida hoguera de la España.  
El siglo infausto llora,

que el alma devoró de los mortales  
su antorcha abrasadora,  
y erigió entre nublados celestiales,  
del crédulo esperanza,  
el trono del orgullo y la venganza.

El libre pensamiento los impíos  
oprimiendo en oscura servidumbre,  
consagraron a un Dios de mansedumbre  
de humana sangre caudalosos ríos:  
su bárbara cuadriga

holló los cetros y el laurel triunfante  
y de la paz amiga  
la dulce rama: el fuego devorante,  
que sus ruedas abrasa,  
yerma el campo infeliz por donde pasa.

Mas ¡ah! que ya cesaron los horrores  
del tenebroso siglo de la ira,  
y el abatido monstruo ya suspira  
devorado de inútiles furores.  
Y tú, yerto egoísmo,

que la frente a los cielos levantaste,  
y un imperio en ti mismo  
del universo entero te formaste,  
¿cómo cayó espantoso  
de tu poder el hórrido coloso

Cual sube audaz en las heladas cimas,  
que el aterido mar del norte baña,  
de endurecida nieve alta montaña,  
muerte y terror de los polares climas;  
firme, inmoble y segura

sufre el eterno sol del Cancro ardiente;  
la inmensa mole y dura  
opone al rayo de la luz clemente,  
y en su seno acogida  
niega por siempre al fuego de la vida:

así en el corazón, que el monstruo fiero  
con su hielo infernal entorpeciere,  
jamás la triste humanidad espere  
restos hallar de su calor primero.  
¡Ay de aquel desgraciado,

que a su interés o a su placer se atreva!  
El hierro despiadado  
ya amenazando está. Sin que le mueva  
ni el rencor, ni la saña,  
tranquilo en sangre y lágrimas se baña.

Furias del Orco, huid: y tú, amor santo,  
padre de cuanto anima y cuanto crece,  
benigno a los mortales resplandece,  
y vierte al orbe tu apacible encanto.  
La oscura venda deja,

con que la infiel mudanza te cubría  
y la celosa queja:  
por ella el hombre te llamó algún día,  
maldiciendo tu imperio,  
placer mentido y torpe cautiverio.

Las dulces flechas, que te dio natura,  
para esparcir del ser la llama ardiente,  
templa, oh amor, en la sagrada fuente  
de la amistad inextinguible y pura;  
y el amante enlazado

a la gentil beldad, que lo enamora,  
en lágrimas bañado,  
exclame al despuntar de cada aurora:  
«¡destino venturoso,  
el de hacerte feliz, siendo dichoso!»

Tú, divina amistad, del alto cielo  
al mundo, que te implora, ya descende,  
y en sus heridas amorosa extiende  
el bálsamo apacible del consuelo.  
Gloria de los mortales,

salve: tú robas a la humana vida  
la mitad de los males;  
y a la breve porción, tal vez mentida,  
del bien, tú sola eres  
quien renuevas los rápidos placeres.

Contigo la piedad en lazo amado  
temple al hombre los ásperos enojos,  
y el tierno llanto de sus dulces ojos  
calme el llanto infeliz del desgraciado:  
así el blando rocío

el euro entre sus alas atesora;  
y cuando el soplo frío  
del aquilón los campos descolora,  
con su lluvia templada  
vuelve el ser a la rosa desmayada.

Mas ¡oh! ¿ves la bondad, natura,  
que tus inmensos ámbitos domina,  
y entre los rayos de su luz divina  
ostenta pura su inmortal belleza?  
Yo escucho el grato acento,

que inunda de placer los corazones:  
yo miro al vago viento  
enarbolar los cándidos pendones,  
y su numen sagrado  
el orbe todo venerar postrado.

Ya, ya la mano al pálido indigente  
tiende benigno el prócer: junto al lecho  
del moribundo en lágrimas deshecho  
ya la piedad el poderoso siente:  
ya el oro fementido,

por el que vio otro tiempo la doncella  
su limpio honor vendido,  
es dote y premio a la modestia bella,  
y con hermosas flores  
enlaza la virtud y los amores.

Contempla el padre anciano enajenado  
de sus caducos años el consuelo  
y sonrío al festivo nietezuelo,  
que con gracia infantil juega a su lado;  
y en su vejez felice,

último rayo de un sereno día,  
al bienhechor bendice,  
que coronó sus canas de alegría  
y plácido y tranquilo  
desciende de la tumba al quieto asilo.

Y tú, joven beldad, ¡cuán dulcemente  
en la mansión del infeliz suspiras!  
de la sañuda enfermedad las iras  
¡cuál templa tu ternura diligente!  
¡con qué rosas aviva

las gracias de tu angélico semblante  
la bondad compasiva!  
Las ve el Amor; adóralas tu amante;  
y el premio entre sus brazos  
da a tu piedad con regalados lazos.

Mas ¿veis a aquellas almas celestiales,  
que en sus aras reunió beneficencia,  
el seno penetrar de la indigencia,  
y arrancarle el secreto de sus males?  
¡cuál endulzan piadosos

de un triste corazón el triste duelo!  
¡cuál brillan generosos,  
de la maldad, que dominaba el suelo,  
enemigos osados,  
para el bien de la tierra conjurados!

¡Santa conjuración! todas las gentes  
seguirán tu bandera victoriosa:  
prepara ya, posteridad dichosa,  
laurel sagrado a las heroicas frentes.  
Triunfad: el mundo entero

subyugue el entusiasmo que os anima;  
y volando ligero  
de nación en nación, de clima en clima,  
por siempre cante el hombre  
de la virtud el sacrosanto nombre.

Salve, hermosa virtud. ¿Cómo, si dabas  
alma y vida a mi ser, no te sentía?  
¿cómo en mi seno sin vigor yacía  
la fuerza celestial, que lo inspirabas?  
Ya sé cual es la fuente

de aquel vago llorar, que la ternura

vertió a mi rostro ardiente:  
ya conozco del bien la emoción pura  
que el mísero gemido  
tal vez me sorprendió del desvalido.

Renueva pues tus cuerdas, dulce lira;  
y en desusado y victorioso acento  
acalla el grito del rencor sangriento  
y la voz de la muerte y de la ira.

Rompe el velo sombrío,  
que ocultó al hombre bajo el torpe imperio  
del egoísmo impío,  
de su existencia el divinal misterio,  
y enseña a los humanos

a ser en dulce paz dulces hermanos.

Que este impulso del bien, que en su clemencia  
a nuestras almas concedió natura,  
no puede, no, morir; la envidia impura  
él lanzó de la edad de la inocencia.

Él en la selva umbría  
el hombre al hombre unió, cuando entre breñas  
la sociedad nació:  
él postrando las hórridas enseñas  
del interés inundo,

los Casas y los Pen produjo al mundo.

Instinto natural, allá en el seno  
del hondo corazón yace escondido,  
do el orgullo y el vicio fermentado  
lo aduermen con su plácido veneno;

mas cuando el torpe encanto  
rompe una vez de la infernal cautela,  
por donde el rojo manto  
extiende Febo, generoso vuela,  
y estrecha blandamente

en lazo bienhechor la humana gente.

Así del claro sol destello puro,

en tímida centella trasformado,  
entre sus densas láminas trabado  
encierra el pedernal inerte y duro;

mas si activo el acero  
fuerza a mostrarse la encubierta llama,  
con ímpetu ligero  
sobre el pábulo breve se derrama,  
y crece y es hoguera,

y al Alpe y a Pirene consumiera.

## II

La bondad es natural al hombre.

¿Quién fue, quién fue el primero,  
que a la crédula gente dijo impío:  
«despeñado por lúbrico sendero  
se precipita al mal vuestro albedrío,  
y hechuras de una imbécil Providencia,

el crimen y el dolor son vuestra herencia?»

¿Quién fue? ¿que en torpe olvido  
de la virtud sencilla e inocente  
el siglo sepultó? ¿que así atrevido  
del pecho humano blasfemó insolente,

y calumnió con pérfida impostura  
igualmente al criador y a la criatura?

El averno profundo  
lo abortó en sus furores sobre el suelo  
para tender al engañado mundo

del atroz fanatismo el ciego velo,  
o porque pueda sancionar impía  
sus crímenes la adusta tiranía.

¿Malo el hombre, insensato?  
¿corrompido en su ser? De la increada,

de la eterna beldad vivo retrato,  
en quien el sacro original se agrada  
¿sólo un monstruo será, que horror inspira,  
prole de maldición, hijo de ira?

Y ¿por qué en su semblante

la dulzura y bondad impresas lleva?  
¿por qué la vista noble y radiante  
al alto Olimpo generoso eleva,  
como buscando ansioso e impaciente  
de su origen la cuna refulgente?

¿Quién a su pecho ha dado  
este instinto de amor, que el hombre liga  
al hombre en sociedad? ¿quién le ha enseñado  
en las delicias de la paz amiga  
a dividir con los demás mortales

la herencia de sus bienes y sus males?

¿De dónde el tierno llanto,  
que, si ve al infeliz, su rostro baña?  
¿De dónde de la patria el amor santo?  
¿la piedad paternal? ¿la justa saña,

que brota en los airados corazones,  
si el despotismo arbola sus pendones?

Bueno nace y hermoso  
el almo ser, honor de la natura;  
y aun entre el llanto acerbo y doloroso

que en su niñez le arranca la amargura,  
brilla en sus dulces labios pura y lisa  
de la bondad la angélica sonrisa.

Y luego joven siente  
la activa llama del amor suave,

y eternizando su existencia ardiente,  
como de Arabia la insepulta ave,  
nuevos seres produce al claro día,  
antes que yaga su ceniza fría.

Y en regalados lazos

la dulce prole su cariño paga,  
a su cuello estrechada y a sus brazos:  
sustenta protector, plácido halaga;  
y en perpetuo solaz tranquilo espera  
el fin forzoso a su feliz carrera.

Tal es el hombre, cuando  
ni la opresión ni el fanatismo impío  
forma en las tierras ambicioso bando;  
libres las almas del furor sombrío,  
que a temblar y a matar las arrebató,

y tiembla el necio y el malvado mata.

Tal es el que cantaste,  
dulce Virgilio, tú, cuando tendido  
al pie de umbrosa haya le miraste  
en apacibles ocios divertido,

enseñando a los ecos gemidores  
el nombre de su bella y los amores.

O bien más virtuoso  
el que vio en las helvéticas montañas  
Gésner sublime de aquilón silboso,

del hielo agudo despreciar las sañas;  
y en medio a la selvática natura  
aras alzar al dios de la ternura.

Así del Erimanto  
vagó el hombre feliz por las riberas,

sonando eterna paz en blando canto  
el eco de las ménalas praderas,  
cuando olvidados bélicos furores,  
dio Arcadia el cetro a cándidos pastores.

Y aquella edad dorada

desconocida en la sangrienta historia,  
mas cuya grata imagen lastimada  
la humanidad conserva en su memoria,

y que pintaron en el suelo ibero  
el tierno Fenelón y el sacro Homero.

Las riberas del Betis  
feliz la vieron en virtud sencilla;  
y el gaditano mar, donde de Tetis  
cayendo al gremio el sol, último brilla,  
a la codicia, a la ambición armada

¡ay, breve tiempo! defendió la entrada.

La infame sed del oro  
y el amor del poder enfurecido  
de sangre humana y de inocente lloro  
bañó el mísero suelo entristecido,

y en los vestigios de la choza pía  
sus palacios alzó la tiranía.

Y luego levantando  
la adulación su fementido acento,  
del cielo hizo bajar el regio mando,

santificando al opresor violento;  
y a un execrable y bárbaro asesino  
proclamó imagen del poder divino.

Gritó entonces artera  
la vil superstición: «tristes humanos,

sufrid y obedeced: si brilla fiera  
la dura espada en homicidas manos,  
sufrid: nacisteis todos criminales:  
así Jove castiga a los mortales.»

Y así fue esclavo el hombre,

y así malvado fue. Su genio ardiente  
buscó en la guerra el ínclito renombre:  
surcó los mares la perversa gente,  
y a sus reyes y dioses imitando,  
la triste humanidad fue destrozando.

¿Qué fuerza bienhechora

volverá al hombre su bondad nativa?  
que del ardiente golfo de la aurora  
hasta do hiela Cinosura fría  
el poder, la maldad y la impostura

su sagrado carácter desfigura.

Vosotras, consagradas  
almas a la virtud, la humana mente  
formad piadosas: caigan las lazadas  
que el fanatismo le ciñó inclemente;

y libre la veréis, noble y gloriosa  
lanzarse al bien, que conocer no osa.

Y si yace oprimida  
de la verdad la tímida centella,  
cual suele entre la niebla denegrada,

que exhala el mar, la vespertina estrella,  
romped heroicos con potente mano  
el torpe hechizo al corazón humano.

¿Dónde el alma sublime  
está, que el fuego sacrosanto inflama,

y que del hombre el infortunio gime?  
Nazca ya al mundo la encubierta llama,  
nazca; y en mil incendios esparcida,  
siempre de la bondad la hermosa vida.

### III

La amistad.

Un ángulo me basta entre mis lares,  
un libro y un amigo.  
RIOJA.

El himno santo de amistad rebosa  
de mi inspirado seno:  
tú, celestial virtud, mi numen eres.  
Resuena audaz, oh lira; un nuevo modo

y desusado emprende: el fuego ardiente,

que al pítico cantor dispensa Febo,  
y el sabio desvarío,  
que derrama en los vates Hipocrene,  
son hielo y niebla junto al fuego mío.

Brote la voz del corazón: resuene

en tiernos corazones,  
asilos tuyos, oh amistad. Respondan,  
cual flébil eco en la repuesta gruta.  
Aquí tienes tus aras, aquí tienes,  
deidad oculta, víctimas y templo.

Aquí la espada impía  
no alcanza, ni la astucia del inicuo,  
ni el furor de la armada tiranía.

Lejos, profanos, id. Allá os aguardan  
con la ambición sañuda

la maldad y el cruel remordimiento.  
Pues lo queréis, sed infelices. Niegue  
a vuestro helado pecho sus ardores  
el sol de la amistad; y en pos corriendo  
de pérfida esperanza,

al fiero numen erigid del mando  
el altar de la envidia y la venganza.

O al cenagoso piélagos lanzados  
de sórdidos placeres,  
a Venus sin amor, sin dulce risa

a Baco invocaréis; o ya de Pluto  
el don aciago anhelaréis sedientos:  
todo lo gozaréis, menos la dicha;  
la dicha, hermosa herencia,  
que a un tierno corazón el cielo guarda,

hasta entre el polvo vil de la indigencia.

Para el amigo pecho reservaste,  
benéfica natura,  
tu inexhausta belleza. ¿Qué es el canto

de las pintadas aves, si mi Eutimio

conmigo no lo oirá? ¿qué es la verdura  
del fresco valle, el nácar de la aurora,  
ni el austro enamorado,  
que halaga el blando seno de las flores,  
si a gozarlos sin ti soy condenado?

Brilló hermosa la tierra, brilló el cielo  
al feliz hombre, cuando  
transmitir pudo su emoción suave  
en otro corazón. La pura fuente,  
que por floridas márgenes resbala,

la blanda luz de la argentada luna,  
los astros, que salieron  
bajo su imperio a embellecer la esfera,  
emblemas del amor entonces fueron.

Y la mujer divina, cual descuella

la rosa nacarada  
entre las hijas del abril florido,  
las tiernas gracias y el pudor mostrando,  
de la beldad se coronó por reina.  
Arde el hombre a su vista, y de su seno

viva llama desprende:  
llama fugaz, que muere dando vida,  
y que de nuevo la amistad enciende.

¿Quién consuela, infelice moribundo,  
tus últimos instantes?

El caro amigo, en cuyo seno expiras.  
¿Quién el pecho ulcerado, que lamenta  
la ingratitud y la perfidia, vuelve  
al amor de los hombres? El amigo,  
que le guardó constante

su corazón; y ni el sañudo hierro,  
ni del tirano el cetro fulminante

aterró su lealtad: sube animoso  
al fiero cadahalso,

y con su muerte ilustre lo ennoblece:

rompe muros, escuadras atropella,  
arrostra el golfo y su indomable furia,  
audaz se entrega a la sangrienta saña  
del bárbaro enemigo,  
denodado acomete al mismo averno,

por dar la vida a su adorado amigo.

¡Cuán grata de mi rápida existencia  
duplica los placeres  
el alma amante, que en mi bien se goza!  
¡Cuál consuela mis lágrimas el llanto,

con que responde a mi aflicción! ¡Cuál arde  
en mi pecho, oh virtud, tu santo fuego,  
cuando tu mano miro,  
Eutimio amado, al infelice abierta,  
y su pena halagar con tu suspiro!

No es tan dulce al cansado caminante,  
si la ercinia montaña  
venció o el hielo de la cumbre alpina,  
complacido vagar por los pensiles  
del sosegado Po, como a tu Anfriso,

del crimen fatigado y de los hombres,  
hallar en tu alma pura  
el no violado inocente asilo,  
do anidan la virtud y la ternura.

Fulmina, oh Jove: agote el infortunio

contra mí sus rigores:  
persígame el poder: grave mis días  
horrenda proscrición: niégume esquivo  
sus dones el amor: derrame el cielo  
sobre mí sus incendios devorantes:

no verás a las quejas  
mi labio abrirse, ni al dolor mi pecho,  
si un dulce amigo en tu piedad me dejas.

Hijos de la amistad, almas queridas,

abrid los tiernos brazos

y el blando seno al amoroso vate.  
Vosotros sois mi bien y mi tesoro:  
¿qué es sin vosotros el vivir? si un día  
perderos debe el desgraciado Anfriso,  
entonces, Parca impía,

su existencia, ya inútil y enojosa,  
lanza al abismo de la tumba fría.

#### IV

Al mismo asunto.

¿Dónde, santa amistad, tu pura llama  
anima a los mortales? ¿qué dichoso  
clima ilustra tu rayo generoso,  
o en cuál región tu fuego se derrama?  
¿en qué pueblo el luciente

Febo de cuantos dora  
de la remota aurora  
hasta do muere el día,  
oye aclamar tu nombre dulcemente  
en himnos de alegría?

Tú del piadoso cielo fuiste dada  
al mundo, con tu influjo soberano  
en grata paz el venturoso humano  
gozó los años de la edad dorada.  
El odio enfurecido

y el interés inmundado  
aún no el Orco profundo  
lanzara sobre el suelo;  
y vivió el hombre con el hombre unido,  
digno de ti y del cielo.

Mas ¡oh! cual leve sombra el inocente  
siglo pasó y el tiempo afortunado:

la negra envidia el hierro despiadado  
puso en la mano a la sencilla gente:  
viendo brillar su filo

contra el inerme pecho,  
de tu altar, ya deshecho,  
elevas temerosa  
el presto vuelo, y al celeste asilo  
te refugias llorosa.

Hija de la virtud esclarecida,  
¡oh! vuelve, vuelve al olvidado trono,  
que profanó el mortal, cuando el encono  
tiñó en sangre su mísera guarida:  
vuelve y la infanda guerra

doma y la triste ira:  
tu suavidad inspira  
en tiernos corazones,  
y adora ya feliz la inmensa tierra  
tus cándidos pendones.

V

Los sentimientos de la humanidad no son incompatibles con la profesión militar.

A don Francisco Javier de Hore.

Pietate insignis et armis.  
VIRGIL.

De la hervorosa Sirte se desata  
horrible tempestad: la luz serena  
oscurece del sol y enluta el orbe:  
el rayo brama en la encendida nube,  
y rasgándole el seno,

su rápida carrera sigue el trueno.

Las cavernas retumban: los peñascos  
estallan con fragor: vuelcan los ríos

embravecidas ondas: las arenas  
revuelve el mar sobre la adusta playa;

y los tristes humanos  
alzan al cielo trémulas las manos.

Ese terror universal que sienten  
hombres y fieras, el sañudo silbo  
del noto asolador, la densa lluvia

que las campiñas cubre, ¿anuncia al mundo  
su destrucción postrera  
y de un airado Dios la saña fiera?

No: ya el veneno de la peste activo,  
que en los calmados vientos escondía

el otoño febril, consume el rayo:  
ya con sus fuegos cárdenos renueva  
el caluroso ambiente,  
y templá el alto sol del Sirio ardiente.

Y esa incesante lluvia, que amenaza

de la afligida Pirra el triste siglo,  
y aquel torrente, que el riscoso margen  
vence soberbio y acomete el campo,  
a la estación florida  
preparan ya los gérmenes de vida.

Sí, mi Javier: la pródida natura  
ligó al forzoso mal el bien suave.  
Bajo el estéril hielo crece oculta  
la espiga del abril: al seco estío  
los plácidos aromas

debe el frutal y las sabrosas pomas.

De esas montañas áridas, reliquias  
volcánicas del globo, monumentos  
de destrucción y ruina, se despeña  
sembrando vida en la llanura el río.

¿Quién, sino el mar sañudo,  
dar libre paso a otro hemisferio pudo?

Maldiga el delicado ciudadano  
la adarga y lanza del bravoso Marte:  
cargue de execración aquel primero,

que en breves tubos encerró la muerte,  
y con industria fiera  
el rayo abrasador robó a la esfera.

¿De qué fuerza sin él contra el impío  
la sociedad se armara? ¿quién pudiera

de la ajena ambición vivir seguro?  
¿Qué no osara la infanda tiranía,  
si su furia traidora  
no contuviese espada vengadora?

El tranquilo placer que goza el hombre,  
  
ya habite los palacios, donde brillan  
la púrpura y el oro, o retirado  
al seno de Minerva, o bien le cubra  
techo de humilde paja;  
debe al guerrero, que imprudente ultraja.

Y si cual suele el espumoso río,  
minado el dique, la enemiga hueste  
por las campiñas patrias se derrama,  
de su indiscreta compasión entonces  
el áspero castigo

ve de la humanidad el necio amigo.

Y ¿no es humanidad la dulce vida  
por la patria entregar? ¿quién más piadoso,  
que el que defiende de opresión injusta  
matronas, niños, jóvenes, y ancianos,

el incendio y la muerte  
contra el inicuo usurpador convierte?

Hiere, sí; mas tranquilo el caro hermano  
descansa en brazos de la dulce esposa:  
mata, y el suelo tiñe en roja sangre,

y espiga de cadáveres las lindes;  
mas de feroz violencia  
florece libre la paterna herencia.

Y si tal vez el enemigo fiero  
las armas rinde a su valor, olvida

que fue enemigo, y le socorre hermano,  
nunca hirió noble brazo al abatido,  
que su piedad reclama,  
sino al soberbio, que a la lid le llama.

Así modelo a la futura gente

de valor y piedad miró Sicilia  
al gran Timoleón, cuando a los mares  
medroso huyendo, y derrotado el peno,  
su libertad amada  
gozó de Ceres la feliz morada.

Justa cuanto horrorosa fue la prueba,  
que a su austera virtud pidió el Destino;  
que en sangre fraternal manchó su patria,  
mas sangre de un tirano. Agradecida  
la ciudad de dos mares

al fuerte vengador erige altares.

Dios del Corintio fue: mas ¡ay! crinada  
de víboras la Euménide sañuda,  
ante sus ojos gira: ve teñido  
de rojo humor el profanado techo

y huye a climas lejanos,  
ya endurecido a castigar tiranos.

Ofreciole la altiva Siracusa,  
libertada por él, cetro y diadema:  
diadema y cetro adornan la indignada

del fiero hermano macilenta sombra  
que de vil tiranía  
odiosa imagen le persigue impía.

Y dice: «¿por qué pues, yerto cadáver

allí a mi acento vengador caíste?

¿por qué yace a las fieras desperdicio  
desde la infausta Escila al Lilibeo  
el bárbaro africano,  
si el yugo ha de oprimir al triste humano?»

«No: depongo el acero. Alzarlo manda

la humanidad sobre el feroz malvado,  
que pide la corona y grita al hombre:  
esclavo sé. Deber tan doloroso  
ya dejé satisfecho,  
y destrocé, ¡infeliz! mi tierno pecho.»

«Brilló la libertad, basta la sangre:  
¡eterna maldición al que levanta  
sobre hacinadas míseras ruinas  
con hierro y llama en soledad horrenda  
su injusto poderío,

y se atreve a decir: el hombre es mío.»

«¡Doliente humanidad! la lanza aguda  
vibraré solo en tu defensa. Amigos,  
no se dirá que al sanguinoso solio  
subió Timoleón; o que por tierra

tanto muro postrado,  
tanto cuerpo de fuertes destrozado.»

«Sirvió solo a mi orgullo. En este asilo  
lamentaré la víctima, que el cielo  
a inmolar me obligó. Goce Trinacria

la dulce libertad; y si algún día  
la amenaza un tirano,  
pronta a vengarla encontraréis mi mano.»

Dijo; y el templo augusto de la fama  
le abrió las puertas de oro. Tú, que aspiras

al sagrado laurel; tú, a quien ya vieron  
pródigo de tu sangre las riberas  
del lento Guadiana,

despojo a la ambición gala y britana;

y ansioso del peligro y la pelea

de noble intrepidez modelo fuiste;  
no pienses que por la áspera carrera  
del fiero Marte encontrarás la gloria,  
si su furor violento  
no templa la piedad con blando aliento.

¡Valor y humanidad! almas sublimes,  
que oprime, mas no abate el infortunio,  
almas nobles, defensa de la patria,  
cuando la patria en su defensa os llame,  
mientras yace olvidada

en ocio ingrato vuestra invicta espada;

amad al hombre y socorredle. Un día  
menos severo os mirará el Destino;  
y si tal vez a la espantada tierra  
lanza Belona el grito de la muerte,

un corazón piadoso  
sabréis llevar al trance riguroso.

¡Con qué placer te miro, dulce amigo,  
levantar puro las augustas aras  
de la santa virtud para los hijos

del implacable Marte! ¡cuán gozoso  
entre su grito horrendo  
la voz de la piedad estoy oyendo!

Vuela, alma generosa... De furores  
fácil es inundar la tierra, fácil

verter de sangre caudalosos ríos:  
la grande empresa, y ardua y solo digna  
de un corazón sublime,  
es consolar la humanidad, que gime.

La mañana.

Rompe la niebla el sonrosado día  
del apacible oriente,  
y sobre el golfo de la aurora fría  
renace el sol ardiente.

Por los inmensos orbes se derrama:

la natura adormida  
siente el calor de su celeste llama,  
y ser recobra y vida.

Que si robó la luz al triste suelo  
la noche silenciosa,

cuando mostró sobre el cenit del cielo  
su frente pavorosa:

hora lanzada al piélago de Atlante  
el reino de las horas  
te cede, astro del día rutilante,

que la tierra enamoras.

Ya el pajarillo por la selva umbría  
salta en ligero vuelo:  
los grillos rompe de la nieve fría  
el tímido arroyuelo.

Abren su cáliz las nacientes flores,  
y cefirillo osado  
les roba en mil balsámicos olores  
el beso regalado.

Todo es beldad: hasta el breñal ríscoso

verdura y rosas mana:  
hasta el pantano estéril de oloroso  
junquillo se engalana.

Caro Melanio, y tú, de las pastoras,  
dulce Aristo, cuidado,

venid: gozad tan deliciosas horas  
con vuestro Anfriso amado:

que así del cielo la piedad halaga  
los míseros mortales,  
y con placeres fáciles les paga

los no evitados males.

¿Por qué engañado en pos de su tormento  
anhela el hombre insano,  
cuando naturaleza a su contento  
brinda con larga mano?

¿Quién recostado al pie de los laureles,  
que agita el manso viento,  
envidia los magníficos doseles  
del pérsico aposento?

¿Quién el templado ambiente respirando

y el ámbar de la vega,  
sueña en las glorias del funesto mando  
y a la ambición se entrega?

Jamás en débil leño oyó el bramido  
del piélagos inclemente

quien se adurmió una vez al blando ruido  
de la emboscada fuente.

Otros se ciñan el laurel sangriento  
del bárbaro Gradivo;  
y bajo techo rústico el contento

me halague a mi festivo.

Abre, natura, a un alma, que inspiraste,  
tus brazos bondadosos.  
Soy hombre: a ser dichoso me formaste,  
y a hacer a otros dichosos.

## VII

A Alcino.

Imitación de Horacio.

Huyó la nieve fría:  
cobra el campo su yerba, el eminente  
árbol su copa umbría:  
ya menguado el torrente  
besa humilde la margen floreciente.

Hora que el verde manto  
tiende sobre los valles primavera,  
al son de dulce canto  
ya la ninfa ligera  
hechizando con danzas la pradera.

Mas nadie, Alcino, fíe  
del sol alegre y el templado viento:  
si hora favonio ríe,  
el estío sediento  
lo lanzará de su florido asiento

Para morir, apenas  
vierta otoño pomífero sus dones  
en las selvas amenas;  
y luego en los peñones  
rebramarán los crudos aquilones.

En alas de las horas  
rapidísimo el año se desprende;  
mas de abril las auroras  
tornan, si Febo asciende  
al rojo Toro, y el cenit enciende.

De enero las ruinas

mayo alivia: nosotros, si pasamos  
las puertas diamantinas  
de Aqueronte, quedamos  
polvo y sombra, y al ser jamás tornamos.

Que no, Alcino, a mis brazos  
te volverán de allí la dulce lira,  
que entre pampíneos lazos  
blando placer suspira,  
ni la santa piedad, que en ti respira.

No de aquellas mansiones  
Cintia pudo librar su alumno amado:  
las tartáreas prisiones  
de Pirítoo osado  
romper a la amistad no le fue dado.

Goza, goza la hora,  
que aunque fugaz, benigna se te ofrece  
de la Parca traidora  
te burla, y favorece  
al desvalido, que a tu umbral fallece.

Cuanto placer gozares,  
cuantos bienes con mano generosa  
al pobre dispensares,  
lo aumentas a la hermosa  
vida, y lo libras de la tumba ansiosa.

## VIII

A la sabiduría.

Traducción libre de Richardson.

Ya el ave de la noche  
deja el oscuro albergue,  
donde esquivó del día  
la lumbre refulgente;  
y en tanto que las horas

beleño al mundo vierten,  
entre las densas nieblas  
sus negras alas tiende.  
Con apagado canto  
los vientos ensordece:

a meditar convida,  
¡y el necio vil la teme!  
De Palas Atenea()  
amor, salve mil veces:  
yo al aviso severo

de tu voz obediente,  
del templo, do sus aras  
tu augusta diosa tiene,  
en la callada noche  
saludo los dinteles.

Cuando la hermosa luna  
su blanda luz extiende,  
y la ilusión mentida  
del mundo desaparece;  
ni la ignorancia osada

fingir colores puede,  
que con doloso brillo  
el pensamiento cieguen;  
entonces ¡cuán benigna  
del que a implorarla llegue,

el silencioso voto  
aceptará clemente!  
Minerva, ¡oh tú, del hombre  
alivio dulce siempre!  
¡oh delicioso origen

de cándidos placeres!  
En tus divinas aras  
mi humilde ruego suene,  
que de ambición exento

el corazón te ofrece;

y de la luz guiado,  
que grata me concedes,  
a más dignos objetos  
aspiro noblemente.  
No el mando suspirado,

no del Ofir los bienes,  
no la flor venenosa  
codicio de Citeres;  
del humano deseo  
ridículos juguetes,

son para el necio dichas,  
y envidias para el débil.  
A mí tu santa llama  
benévola desprende,  
que la inmortal belleza

de la virtud me muestre:  
los monstruos extermine  
y la tiniebla ahuyente,  
que del vivir la senda  
infestan y oscurecen.

De un pecho puro dame  
la alegría inocente,  
y que tu ley divina  
en mis afectos reine.  
Marchita edad tirana

las rosas del deleite,  
y a ser polvo en la tumba  
aprenderán los reyes;  
mas con verdor eterno  
prosperan tus laureles,

ni del tirano olvido  
la odiosa mano sienten.  
Tú el corazón del sabio  
benigna fortaleces  
para arrostrar del vulgo

las mofas insolentes;  
por ti al malvado huye,

no empero le aborrece;  
de la maldad se indigna,  
del vicio se conduce.

Salve: si tú lo animas,  
vencer mi pecho puede  
del hombre la injusticia,  
las iras de la suerte.

## IX

A Berilo, rogándole que vuelva al Betis a los brazos de sus amigos.

Asaz de nieve y hielo  
el monte su cerviz mostró cubierta:  
asaz del crudo cielo  
la campiña desierta  
sufrió el granizo destrozada y yerta.

El noto proceloso  
despoja a abril de su florida gala;  
y silbando horroroso,  
la mies naciente tala  
y el fuerte roble con la tierra iguala.

Al claro Betis vimos  
ceñuda levantar la ovosa frente,  
y los troncos opimos  
en su rauda corriente  
llevar al dios del húmido tridente.

Las míseras cabañas  
del cierzo y de la lluvia heridas yacen;  
y al pie de las montañas  
malignas yerbas nacen,  
que los hambrientos corderillos pacen.

Con dolorido llanto  
el pastor sus mejillas humedece:

el tardo buey en tanto  
bajo el yugo fallece,  
y el ganadillo trémulo fenece.

¿Cuál dios, ¡ay desventura!  
invocarán los cándidos pastores?  
Tú, Pan, de la espesura,  
que con tus ninfas mores,  
sal coronado de espadaña y flores:

Oh tú, que del ganado  
defensa y de las rubias mieses eres,  
¡ay! sobre el yermo prado,  
benigna madre Ceres,  
la abundancia derrama y los placeres.

Mas tú a nuestros ejidos,  
dulce Berilo, ven: el cierzo fiero  
templará sus bramidos,  
y el mirto placentero  
florecerá en las faldas del otero:

que la amistad divina  
de los pesares dulce encantadora,  
la tristeza termina,  
y halaga, cuando llora,  
y disminuye el mal y el bien mejora.

Al aherrojado Orestes  
exento de temor Pílates vino;  
y ni aceradas huestes,  
ni el suplicio vecino,  
ni del tirano el pecho diamantino

su espíritu aterraron:  
desciende al calabozo, y dulcemente  
sus pechos se adunaron;  
y templo refulgente  
fue de amistad la cárcel inclemente.

Dejó en aquel momento  
libre a Orestes la Erinis vengadora  
y el azote cruento:  
ni la voz gemidora  
resonó de la adúltera traidora.

Al reino del espanto  
Alcides por su amigo descendiendo,  
el sempiterno llanto  
cesó, y el ronco estruendo  
y del trifauce Can el grito horrendo.

X

La vida humana.

¿No ves, Fileno, en la florida espalda  
de aquella umbrosa sierra y eminente,  
como un hilo de plata entre esmeralda,  
nacer bullendo imperceptible fuente?  
Y ¿cuál resbala por la herbosa falda

tan tenue y fugitiva su corriente,  
que del aura sutil aun no es sentida?  
Así comienza nuestra frágil vida.

Vela después, cuando segura pisa  
del primer llano el floreciente suelo,

con otras varias en alegre risa  
ya convertida en plácido arroyuelo.  
Ora por los declives baja aprisa  
buscando el valle con risueño anhelo:  
ora lenta, la selva circundando,

con las flores del margen va jugando.

O bien, ya más audaz, por la cascada  
se precipita a la profunda umbría,  
donde entre densas nieblas asombrada,

al prado sale a ver la luz del día.

Deslízase del susto ya olvidada,  
siendo del campo hechizo y alegría,  
sobre alfombras de nácar, oro y grana,  
y es viva imagen de la infancia humana.

Mírala luego montaraz torrente,

su caudal con las lluvias aumentando,  
que veloz, atrevido e impaciente  
por pedregosos valles va sonando:  
apenas sufre ni el marmóreo puente,  
ni el margen, que acomete rebramando,

ni el firme robledal de su ribera,  
ni el monte que se opone a su carrera.

Ya llega a la escarpada catarata,  
y sin mirar su riesgo, obedeciendo  
al ímpetu, que ciego lo arrebató,

se lanza a los abismos con estruendo:  
yace entre espumas de nevada plata  
aprisionado su furor gimiendo;  
y las ondas, al viento abandonadas,  
tiñe el sol de colores variadas.

Mas ya del hondo páramo se eleva  
sobre el risco musgoso, que lo ataja;  
y a la campiña, que de pompa nueva  
vistió el mayo gentil, airado baja:  
redil y chozas por delante lleva,

y la encina firmísima desgaja;  
y templado jamás y siempre altivo  
es de la juventud retrato vivo.

Allí aumentado a caudaloso río,  
la extendida llanura dominando,

por los ribazos de su margen frío  
con majestad tranquila va pasando:  
no le amedrenta ni el sediento estío,  
ni el sol, que lo amenaza fulminando;

y sosegado en su feliz carrera,  
mengua no teme y crecimiento espera.

Mírale con qué orgullo desdeñoso  
recibe los tributos, que a porfía  
le rinden, ya el torrente impetuoso,  
ya el manso arroyo de la selva umbría:

la ribera, que el valle delicioso  
con raudal apacible florecía,  
pierde su nombre, y en sonoro estruendo  
por el cauce fatal entra gimiendo.

Más adelante otro soberbio halla

tan audaz, tan valiente y tan crecido  
opuesto en su camino. Undosa valla  
alzan las aguas: dóblase el bramido:  
disputan en acérrima batalla  
de quién todo el caudal irá regido:

vence, e hinchado la corriente eleva,  
y esclavizado a su contrario lleva.

Ingrato al bosque amigo, que acopado  
le adornó con sus sombras placenteras;  
pérfido al muro, que besó humillado

cuando apenas llenaba sus riberas,  
bate, si crece, el torreón alzado,  
los troncos vuelca, inunda las praderas:  
no hay ley, no hay freno, que su furia atajen,  
y es, mortal, de tus vicios triste imagen.

Mas ya su curso en pasos tortuosos  
quiebra lánguido y débil: mil corrientes,  
que van a herir los márgenes limosos,  
parten su fuerza en pequeñuelas fuentes:  
aquel caudal, que muros generosos

combatiera y ciudades florecientes,  
es solo inerte masa y extendida,  
al soplo de los vientos sometida.

Ya, aunque indignado, ve que lo reprimen  
puentes soberbios, muelles elevados:

que sus raudales retorcidos gimen  
del espolón macizo quebrantados;  
que mil bajeles la cerviz le oprimen,  
de riquezas y crímenes cargados;  
del mar vecino la amargura siente:

imagen tuya, oh senectud doliente.

Ya la cerúlea espalda amedrentado  
ve al ponto inmenso, que sorberle espera:  
ya solícito escucha y aterrado  
el continuo rugir de la onda fiera:

ya a su pesar camina arrebatado  
al tablazo extendido, donde muera:  
ya la mar le recibe dividida;  
y así, Fileno, acaba nuestra vida.

## XI

A Tirsi: el temor de lo venidero inútil.

Desprendiose aquilón del polo umbrío:  
ya lento el arroyuelo  
corre apenas, cuajado el cauce frío  
en prisiones de hielo;

y la flor, que de perlas salpicada

a su orilla crecía,  
marchita, entre la nieve sepultada,  
su belleza natía.

Ya el labrador en reja brilladora  
trueca el pértigo ardiente,

y tras la tarda yunta de la aurora  
mira la luz naciente:

abre en tendido sulco el almo seno

a la fecunda tierra;  
y entre la nieve, de esperanzas lleno,

pródigo el grano encierra;

y espera el fruto a su industrioso anhelo  
en mieses abundosas,  
cuando mayo gentil al fértil suelo  
vierta encendidas rosas.

Mas antes, ¡ay! que en la vernal morada  
del Aries nazca el día,  
tal vez su vida y su esperanza amada  
segará Parca impía.

Último invierno, Tirsi, y el hado triste

dará a tu vida acaso  
el que hora en tempestad sañuda embiste  
los piélagos de ocaso.

Saber el fin, que decretó el Destino,  
no es dado a los mortales:

¿qué vale, Tirsi, con temor mezquino  
aumentar nuestros males?

Reine, en tu pecho el plácido alborozo,  
y el necio afán alanza;  
ni pierdas, caro amigo, el cierto gozo

por dudosa esperanza.

La edad caduca por fatal sendero  
vuela a la turba oscura.  
Goza el tiempo, que es tuyo: el venidero  
¿quién, Tirsi, lo asegura?

## XII

A Dalmiro: deben abandonarse los cuidados.

Imitación de Horacio.

¿Qué te importa, si el galo belicoso  
vence, Dalmiro mío,  
el Rin soberbio, o en el Alpe helado  
tremola sus pendones victorioso?  
¿oh si el britano impío,

del orbe separado,  
los piélagos altera  
y llena de terror la playa ibera?

¡Ah! ¡cuán pequeño afán a nuestra vida  
impuso el justo cielo,

cuando con blanda voz naturaleza  
a gozar de sus dones nos convida!  
No, pues, el vano anhelo  
de la infausta riqueza,  
ni el inútil cuidado

de hoy más perturbe el pecho sosegado.

Sí: que la juventud cual leve viento  
huye precipitada,  
y la árida vejez con planta odiosa  
huella la flor más tierna, de su aliento,

de su albor despojada.  
No igual la luna hermosa  
muestra siempre el semblante,  
ni igual despide el sol su luz brillante.

¿Por qué pues con empresas, superiores

a la flaqueza humana,  
el ánimo caduco fatigamos?  
Ciñe, oh Dalmiro, de olorosas flores,  
ciñe la sien ufana;  
y mientras que gozamos

de nuestro abril florido,  
las penas enojosas da al olvido.

Y riberas del Betis delicioso

alegres discurriendo,  
en grata unión a la amistad divina

entonemos el himno sonoro;  
y luego el manso estruendo  
de fuente cristalina,  
la noche y Filomena  
convidarán a la quietud serena.

### XIII

A Albino: la felicidad consiste en la moderación de los deseos.

Imitación de Horacio.

Descanso pide al cielo el navegante,  
cuando entre niebla oscura  
se oculta Febe, ni su luz brillante  
da cierta Cinosura.

Descanso pide el galo belicoso,

domador de naciones:  
descanso el anglo, cuando el mar undoso  
discurren sus pendones.

Mas ¡oh! no el triunfo de la guerra impía,  
dulce Albino, lo adquiere,

ni cuantas perlas y oro Febo cría  
adonde nace y muere;

sino el parco vivir, la sobria mesa,  
el pecho descuidado,  
que la ambición no aguija, ni embelesa

el interés malvado;

y el dócil corazón, que blando cede  
a la Fortuna ciega,  
y entre el placer, que grata le concede,  
olvida el que le niega.

¿Por qué en deseos el mortal destruye  
la breve edad que alcanza,  
y en pos del bien mentido que nos huye,  
anhela la esperanza?

¿Por qué otro sol buscando y otras tierras

inquieto, di, te agitas?  
Si de la amada patria te destierras,  
a ti jamás te evitas.

Goza el placer, que pródiga natura  
te ofrezca sin desvelo:

templa con blanda risa la amargura,  
que te destine el cielo.

¿Quién es feliz en todo? Si al contento  
va la desgracia unida,  
halaga con el bien tu pensamiento,

y el mal futuro olvida.

Febo te dio su lira numerosa;  
la virtud un amigo:  
rompe la venda a la ilusión dañosa  
y vive ya contigo.

#### XIV

Invocación del poema de Lucrecio: De Rerum natura.

Madre de los romanos, alma Venus,  
deleite de los hombres y los dioses,  
que el navegable mar, la tierra fértil,  
productora de los frutos, llenas  
con tu nombre divino: tú, que el orbe,

que los astros girantes señoreas;  
tú, por quien se conciben los vivientes

y a la luz pura de los cielos nacen;  
tú el aquilón sañudo, tú la bruma  
del escarchado invierno al polo ahuyentas;

que apenas apareces, la morada,  
de Ceres brota flores, te sonrío  
el extendido ponto, y resplandece  
con blanda llama el sosegado viento:  
y cuando la rosada primavera

abre las puertas del fulgente día,  
y el amoroso Céfito, rompiendo  
la prisión del ocaso, halaga el mundo,  
el coro volador de dulces aves  
anuncia tu llegada al tierno pecho

herido con tu arpón: rebaños, fieras  
por entre alegres yerbas van saltando:  
pasan ligeras los veloces ríos;  
y el atractivo del placer siguiendo,  
doquier las llamas obedientes vuelan.

Tú el blando amor esparces, ya en los campos,  
que pinta el ledo abril; ya en las montañas,  
ya en los senos del piélago rugiente.  
De amor llenas la selva: «amor» resuenan  
las frondosas mansiones de las aves;

y así del ser la llama fugitiva  
por tu divino influjo se propaga.  
Inspira tú mi acento, tú, que el mundo  
y la natura mandas: nada amable,  
nada alegre es sin ti: nada del día

goza sin ti la refulgente lumbre.

XV

Poder de la imaginación en el sueño.

Traducción de Delille.

Así en continua acción la fantasía

discurre a su placer: pinta, engrandece  
y produce fecunda. Cuando al orbe  
tiende la quieta noche el negro velo,  
y duermen vientos, piélagos y selvas,

¿quién no siente su activo poderío?  
Cual resuena vibrante el duro bronce,  
aun después de pulsado; cual la barca,  
impelida una vez de fuerte brazo,  
no olvida el remo y sobre el agua vuela;

así aun en la quietud se agita el alma,  
a los impulsos, que sintió, obedece,  
y la noche en sus cuadros copia el día,  
y eco los sueños son de las ideas.  
El pincel delirante a veces une,

separa a veces sin razón ni tino,  
y muda y desconcierta los objetos:  
como en el claro espejo de las ondas  
vemos pintarse el inclinado tronco  
superior a su copa, la alta nube

por el profundo abismo circulando,  
la tierra bajo el agua, los corderos  
en la mansión del pez, y los arroyos  
corriendo por la bóveda del mundo;  
mas el alma del cuadro no varía.

Soñando el orador divide en partes  
su sermón y fastidia al auditorio:  
soñando el juez, por la chillante rueda  
de una elocuencia bárbara arrullado,  
duerme en el tribunal: sueña el ministro,

y su desdén y gravedad ensaya,  
y extiende al memorial la corta mano:  
en sueños el actor sobre la escena  
su acción despliega y su mirada firme:  
en pos corre el autor del consonante

y de la liebre el cazador: descubre  
el avaro infeliz nuevos tesoros.  
Sueña el grande veneras; y al mendigo,  
benéfico Pentievre, el llanto enjugas.

Del caro amigo, cuya ausencia llora,

el amigo en sus sueños ve la imagen:  
la hora recuerda, reconoce el sitio,  
en que la acerba y triste despedida  
con silencioso lloro prolongando,  
inmóviles() sus ojos le siguieron.

¿Describiré el delirio de un amante,  
y aquellos dulces sueños, que enriquece  
con ilusiones plácidas Morfeo?  
Palpitando el amor y la esperanza  
en su anhelante seno, ve y escucha

la celeste beldad, que lo enamora.  
Sobre el clavel purpúreo de sus labios  
muere el desdén, y nace blandamente  
la lánguida sonrisa del cariño...  
Mira, ¡oh felicidad! mira sus brazos,

sus regalados brazos extenderse,  
y en amorosos nudos rodearle...  
Recibe el beso ardiente del deseo...  
Tiembla bajo la mano encantadora,  
que lo acaricia... El refulgente día

envidiará al nacer, oh noche oscura,  
tus prestigios: ¿qué mucho, si en el néctar  
del dulce amor empapas tus beleños?

## XVI

A Albino.

Tú del sacro Helicón, mi dulce Albino,  
ascendiste a la cumbre soberana,  
y fuiste en ella honor del almo coro;  
para ti su divino  
mirto Venus ufana

cultivó entre los nácares y el oro;  
y si imitas de Apolo el sacro acento,

y de su noble aliento  
celebras la victoria  
en desusada lira,

el refulgente ramo de la gloria,  
que adora el Betis, por tus sienas gira.

Mas no por igual senda el dios de Delo  
a la inmortalidad pródigo guía  
cuantos bebieron la Castalia fuente:

cuál el templado cielo  
canta y la selva umbría  
y del manso arroyuelo la corriente:  
cuál de celeste ardor arrebatado,  
levanta el vuelo osado,

y el soberano asiento  
de Júpiter temido  
describe audaz, y el vasto firmamento  
a su voz poderosa estremecido.

Cual las revueltas haces y el horrendo

carro de Marte y la homicida guerra,  
y el asta de Belona ensangrentada,  
y el pavoroso estruendo,  
con que al mortal aterra  
la trompa, por las madres detestada:

cual el dulce solaz de los pastores,  
los tranquilos amores  
dirá y el ocio blando;  
y cual del generoso  
Baco, la copa alegre vaciando,

celebra agradecido el don precioso.

Mi Musa no las rosas y alelías,  
que halaga ledo con raudal sonoro  
el Permeso apacible, altiva quiere;  
ni orientales rubías,

ni las coronas de oro,  
que Febo a sus alumnos repartiere.  
Si modesta viola, malva errante

o girasol amante  
tejieren mi guirnalda,

entonces tu glorioso  
triunfo del Pindo en la canora falda  
admirado veré, mas no envidioso.

## XVII

A Fileno: el sosiego de la virtud.

¡Oh mil veces feliz quien del profano  
vulgo no conocido,  
burla de la ambición el dardo insano,  
y se acoge al retiro apetecido!  
La paz, oh mi Fileno,

la paz lo halaga en su amoroso seno;

y respirando el aura deliciosa  
de la santa alegría,  
gozoso y grato en voz armoniosa  
himnos entona al Hacedor del día,

cuando del rojo oriente  
eleva Febo la encendida frente.

Y cuando al ocultar su lumbre pura  
la noche sosegada  
va descubriendo entre la niebla oscura

de luces mil la esfera iluminada,  
canta el poder divino,  
que señaló a los astros su camino.

¡Ah! no en vano a su vista resplandece  
la tierra engalanada

con las riquezas, que al mortal ofrece:  
su alma pura, de gozo enajenada,  
recibe el don precioso,  
y humilde adora al bienhechor glorioso.

No la homicida trompa a los furores

y a las lides lo inflama,  
ni del pérfido dios de los amores  
arde en su pecho la funesta llama:  
tú, virtud, sola eres  
la fuente perenal de sus placeres.

¡Hija del cielo! tu favor divino  
¿podrá serle negado  
al que contrario y bárbaro destino  
arranca del sosiego suspirado,  
ligándolo inclemente

con duro lazo a la perversa gente?

¡Ah! no: vierta en el mundo su veneno  
la maldad orgullosa:  
del varón justo el no manchado seno  
será de la virtud morada hermosa;

y aquel sagrado abrigo  
no violarán ni el crimen, ni el castigo.

## XVIII

La gloria de los hombres benéficos.

Nota()

Reina ya en nuestros climas: la ribera,  
beneficencia santa, te convida  
del olivoso Betis, do florida  
se complace la amable primavera:  
aquí do reverbera

cayendo en occidente  
la amortiguada luz del sol hermoso,  
erige, erige el trono venturoso,  
y triunfa eternamente.

Héroes de paz y bendición, la gloria

os ceñirá de plácidos laureles:  
no con manos sangrientas y crueles  
los rociará la bárbara victoria,  
ni mostrará la historia  
de innumerables hombres

sobre el campo los restos hacinados;  
ni de su sangre y maldición cargados  
vuestros augustos nombres.

Difundís del saber la lumbre clara,  
de la virtud los celestiales dones;

y graba en los humanos corazones  
el dulce amor vuestra memoria cara.  
Allí el cielo os prepara  
más grato monumento,  
que cuantos sobre el campo devastado

la mano erige del feroz soldado  
al vencedor sangriento.

A vuestra voz confuso desaparece  
el ocio y el error: do espino rudo  
pobló las vegas, entre el hielo agudo

ya la naciente espiga reverdece.  
Al labrador ofrece  
la selva engalanada  
entre colgantes flores fruto opimo:  
ya de la hojosa vid pende el racimo

en la roca escarpada.

Por vos el sabio a la mansión ardiente  
se eleva de la luz, madre del día,  
y del celeste giro la armonía  
audaz revela a la admirada gente.

En el nítido oriente  
señala la áurea cuna,  
do nace el sol tras la rosada aurora,  
y el desigual semblante, que colora  
a la argentada luna.

O cuando de aquilón la nave herida  
del mar desierto en la escollosa plaga,  
rotas velas y antena, incierta vaga  
de las hinchadas olas combatida;  
la senda ya perdida

al marinero yerto  
señala en el fanal, que el polo luce,  
y de la cara patria lo conduce  
al suspirado puerto.

Por vos el genio a la natura hermosa

vencedor roba el misterioso arcano,  
y noble don del cielo soberano,  
no se adormece en languidez ociosa.  
La juventud fogosa  
busca en las sabias lides()

el verde lauro del pastor de Anfriso:  
por vos no envidia Betis al Iliso  
sus Hiparcos y Euclides.

¡Ah! si a la yedra de Helicón luciente,  
de mi cítara humilde pompa altiva,

Minerva entrelazó la sacra oliva  
del ramo, que a Newton ciñó la frente,  
vuestro es: el pecho ardiente  
en juvenil anhelo  
de excelsa gloria y de saber ardía;

y con el premio, que los genios cría,  
me ensalzasteis al cielo.

Y tú, amable niñez, dulce esperanza,  
dulce amor de tu patria, ¡cuán piadoso  
de vuestro labio de carmín gracioso

admite Dios el himno de alabanza!  
Dios de bondad, tú lanza  
al denegrido averno  
el vicio; y en mil hierros oprimido,  
jamás de la inocencia el fermento

empañe el lustre tierno.

¿Mas veis? ¿o bien encanto delicioso  
me engaña? Yo la miro: ledo brilla  
entre el amado coro, que acaudilla,  
mas que de humana su semblante hermoso.

Hora del Pindo umbroso  
sobre la lira mía,  
blandas rosas, lloved: la virtud canto:  
resuene en Helicón su nombre santo  
con más grata armonía.

Elisa(), salve, oh tú, de nuestro suelo,  
del Betis dulce gloria. Salve, amada  
siempre y digna de amor: tú fuiste dada  
a nuestra patria del benigno cielo.  
Por ti su justo celo

anima el virtuoso;  
y al ver de la bondad la imagen pura,  
tiembla el crimen audaz y en noche oscura  
se esconde tenebroso.

Tú en la niñez de la virtud derramas

el fuego que tu pecho ha consumido.  
Tal vez, amante esposo, complacido  
verás embellecer sus puras llamas  
a la beldad que amas;  
y con blanda sonrisa

dirás feliz: «la cándida inocencia,  
la dulce paz, la celestial prudencia  
adoro en ti de Elisa.»

Vive feliz, y si a la lira mía  
triunfar del tiempo edaz() fue concedido,

tu gloria vivirá libre de olvido  
desde la aurora hasta do muere el día;  
y mientras la fe pía,  
el ánimo elevado  
y la bondad no odiaren los mortales,

cual nuncio de favores celestiales  
será tu nombre amado.

Hijos de Apolo, ¿y la gallarda frente  
doblaréis más ante el guerrero injusto?  
¿Postraréis a sus pies el lauro augusto,

que habéis cogido en la castalia fuente?  
De Gradivo inclemente  
olvídese la ira,  
oh virtud, por tus cándidos pendones:  
abrase vuestros nobles corazones

el fuego, que me inspira.

Las trompas arrojad: de Pirro alabe  
otro y de Aquiles los funestos nombres:  
mi lira, bienhechores de los hombres  
sólo cantar vuestras hazañas sabe,

y mientras Delio acabe  
su perpetua carrera  
del mar de Iberia en las espumas frías,  
vuestra gloria inmortal dirán los días  
a la edad venidera.

## XIX

La felicidad publica.

Nota()

Sobre las cuerdas de mi lira vuela  
el cántico del bien, hora que tiende  
la dulce paz sus blancos pabellones,  
y de la adusta frente los guerreros  
el yelmo ensangrentado desenlazan.

Héroes de maldición, el hierro impío  
y el tronante cañón dejad: la tierra,  
ya saciada de sangre y de ruinas,  
a ser feliz sin nuestra espada anhela:

y tú, felicidad, del alto cielo

el más precioso don, mi acento mueve:  
enseña por mi voz a los mortales  
el arte de gozar; y la hermosura  
de la santa virtud brille a sus ojos:  
cual otro tiempo a cándidos pastores

en la dorada edad tú amanecías  
con los primeros rayos de la aurora;  
y al derramar los sueños deliciosos  
la oscura noche, libres de cuidados  
en tu materno gremio reposaban.

¿Por que el hombre olvidó la ley suave,  
que le dictaste entonces? El deseo  
del bien de los demás ¿por qué no anida  
en el humano corazón? Mortales,  
sólo a este precio lograréis la dicha.

¡Quien me diese exhalar del pecho mío  
el fuego bienhechor que lo consume,  
y en los helados ánimos lanzarlo!  
Tú, ambición del poder; tú, del averno,  
pálida envidia, reina; tú, vil odio,

de insaciables serpientes devorado;  
vosotras, pestes del horrendo Erebo,  
al patrio abismo huid: libre la tierra  
de la ominosa hueste, en el humano  
el ya feliz humano se complazca.

Labra, oh natura, en tu escondido seno  
el hierro bienhechor: labra, no temas:  
que no ya el hombre en homicida punta  
o alfanje corvo trocará tus dones;  
ni sepultado en el amigo pecho

el pérfido puñal, horrorizadas  
gemirán tus entrañas maternas:  
mas convertido el mineral precioso  
en reja aguda, de la hermosa tierra  
penetrará los escondidos senos,

y hará brotar la fuente de abundancia.

Desde las altas sierras desatados  
derramarán el germen de la vida  
sobre las vegas los fecundos ríos:  
no ya enrojecerá la sangre humana

su raudal puro, ni Eco en sus riberas  
del bronce asolador el estallido  
lanzará flébil al remoto golfo;  
mas el sonido de la dulce avena  
y el canto del amor sobre sus ondas

resbalará tranquilo: el euro leve  
lo llevará, cuando la aurora nace,  
desde los labios del pastor querido  
al redil de su bien: dulce el favonio,  
cuando el sol muere, en sus purpúreas alas

la halagará, y a la canción suave  
sonreirá amante la gentil pastora.

Rodeará en tanto a la fecunda madre  
la prole de su amor: no de su gremio,  
del gremio maternal el hijo insano

se arrojará tras el fantasma impío  
de gloria funeral, ni de la trompa  
el ronco son aterrará sus lares.  
Cual la robusta encina, que vegeta  
desde el antiguo siglo, no insultada

del huracán, verá los dulces hijos  
a su lado crecer. Firme y profunda  
la virtud en sus ánimos se asienta,  
como el monte, que estriba sus raíces  
en las bases del mundo. El padre amante

sobre la esteva del arado espera  
la risa matinal. Trabajo y premio  
son su felicidad: el verde prado  
da a su rebaño pasto delicioso  
entre las bellas hijas de la aurora:

sobre su frente, del sudor cargada  
y de la honrosa ancianidad, tranquilos  
se multiplican del placer los días.  
Mas ¿cuál prora veloz el ancho golfo

rompe en sulco espumante? La alegría

y el bien lleva a las márgenes remotas,  
y el bien traerá a los campos de su patria.  
Pacífico habitante de la cuna,  
do en los brazos del euro nace el día,  
goza tranquilo tan feliz morada.

No, Ganges, tus riberas florecientes,  
ni tu sacro raudal enrojecido  
verán los dulces pueblos de la aurora.  
Y vosotras, mansiones del ocaso,  
que veis templarse en los inmensos mares

el carro abrasador, que dora el cielo,  
no temáis: no ya viene la alta nave,  
de muerte, luto y destrucción preñada,  
a espigar de cadáveres los campos,  
y a trocar sangre y crímenes por oro.

Sólo viene pacífica a ofrecer  
los dones, que derrama la natura  
en los prados del Betis. Las riquezas,  
que el abismo del piélago espumoso  
y el fiero noto separó del hombre,

en busca suya vuelan a otros climas  
bajo las alas de tranquila popa.  
Así el mortal, fundando su ventura  
en la dicha común de sus hermanos,  
une en lazo de paz entrambos orbes.

¡Dulce ilusión! vosotros, oh felices,  
oh gloriosos varones, de la patria  
a un tiempo la esperanza y la delicia,  
a vosotros el cielo ha concedido  
dar vida a mi ilusión. Sientan las almas,

del bien común y de virtud sedientas,  
brillar sobre las márgenes del Betis  
un nuevo sol de nueva edad de oro.  
Haced bien, instruid: que agradecida  
de la posteridad la inmensa prole

esculpirá en el templo de la gloria

vuestro nombre y loor. «Aquel primero,»  
dirá, «sembró de refulgente lumbre  
la senda del deber, y las lecciones  
del mutuo amor dictaba a los mortales.

Aquel de nuevos gérmenes poblaba  
las patrias vegas, y el vigor natío  
su genio agricultor enriquecía  
de la fecunda tierra. Sobre el Pindo  
se sació aquel de la inspirante onda,

y cantó la virtud y los solaces.  
Cual la balanza, que equilibra el mundo,  
enseñaba, y la fuerza, que arrebató  
al sol ardiente el pálido Saturno,  
y entre argentadas lunas lo sostiene

y cual en fin con sobrehumano acento  
a la admirada juventud corría  
el velo del empíreo: Dios, mortales,  
un Dios de amor vuestro destino rige.  
El dulce amor es la virtud hermosa,

y eternidad de amor será su premio.»

Así dirá; y en el sepulcro frío  
vuestros callados manes escuchando  
las bendiciones de la edad futura,  
gozarán otra vez del bien que hicieron.

XX

El triunfo de la tolerancia.

Nota()

¡Ay! cuándo brillarás, felice día,  
en que estreche el humano  
con el humano la amorosa diestra?  
¿cuándo será el momento, que destierre  
a la olvidada historia

el grito funeral de guerra y gloria?

Dulce beneficencia, tú del cielo  
el don más delicioso,  
del mísero mortal desconocida,  
¿a dónde, a donde fijarás tus aras,

cuando en tu fuego ardiente  
se purifique la malvada gente?

¡Ah! desciende: tu santo trono sean  
rendidos corazones,  
y la virtud tu sacrificio: extiende

el cetro bienhechor que te confía  
el Hacedor del mundo,  
y llena el orbe de tu ardor fecundo.

¡Oh! ¡tantas veces tanto suspirada  
de las almas sensibles,

y apenas a sus votos concedida!  
Ven: contigo la paz, la tolerancia,  
y la amistad hermosa  
embellezcan la tierra ya dichosa:

que asaz de sangre retiñó su acero

el fanatismo impío,  
de la máscara hipócrita velado:  
asaz quemó su antorcha asoladora,  
a la ambición prestada,  
del inocente la infeliz morada.

Sí, yo los vi: ¡los monstruos! de ira ardiendo,  
sedientos de venganzas,  
invocaron a un Dios de mansedumbre:  
en su sangre de amor fieros mojaron  
los agudos puñales,

y a destrozar volaron los mortales.

¡Oh tristes campos de la antigua Albiga!  
¡oh cavernas del Alpe!  
¡oh noche infanda de delito y muerte,

en que el furor sagrado, y la perfidia

y la ambición insana  
las Galias inundó de sangre humana!

Y tú, ¡oh España, amada patria mía!  
tú sobre el solio viste,  
con tanta sangre y triunfos recobrado,

alzar al monstruo la cerviz horrenda,  
y adorado de reyes,  
fiero esgrimir la espada de las leyes.

¡Execrables hogueras! allí arde  
nuestra primera gloria:

la libertad común yace en cenizas  
so el trono y so el altar. Allí se abate  
bajo el poder del cielo  
del libre pensamiento el libre vuelo.

¿Dónde corréis, impíos? ¿qué inhumana,

qué sed devoradora  
de sangre y de suplicios os enciende?  
¿No veis en esa víctima sin crimen,  
que la impiedad condena,  
de la patria la mísera cadena?

¡Y qué! grande Hacedor, ¿en nombre tuyo  
siempre el mortal perverso  
degollará y oprimirá? Creando,  
cual es su corazón, un Dios de ira,  
¿volará a las matanzas

invocando al señor de las venganzas?

Mas ¡ay! ¿qué grito por la esfera umbría  
desde la helada orilla  
del caledonio golfo se desprende?  
Hombres, hermanos sois, vivid hermanos:

y vuela al mediodía,  
y al piélagos feliz do nace el día.

Sí, que una vez el Hacedor benigno  
dijo: que la luz sea,  
y fue la luz. Tronó sereno el cielo,

desde el Tajo hasta el remoto Ganges  
desplómense al abismo  
las aras del sangriento fanatismo.

Salud, mundo infeliz: ya destruido  
ves el imperio horrendo,

que levantó el error: ya se oscurece  
al celestial aspecto de la lumbre  
la abominable hoguera,  
que un diluvio de sangre no extinguiera.

¡Ay! que ya del Océano saliendo

la lumbre bienhechora,  
por los iberos campos se dilata.  
¡Ay! que ya las riberas inundando  
del levítico Betis,  
llega a las playas últimas de Tetis.

Mas ¡oh! ¿dónde se fija? ¡Oh santuario  
por siempre respetable,  
otro tiempo espelunca de furores!  
Sí, santa luz: do tus reflejos miro,  
allí con luz sombría

de la superstición la antorcha ardía.

Ardía, sí; y los hombres engañados,  
que deslumbró su fuego,  
allí mismo la muerte fulminaban,  
en tu nombre, oh Señor de las piedades:

allí, allí los insanos  
degollar meditaban sus hermanos.

Y la calumnia, como sierpe astuta,  
que sus vestigios borra,  
la víctima inocente sorprendía,

y pérfida de Temis la balanza

oprimió al acusado  
con el peso de un Dios de furia armado.

Ese lumbroso oriente, ese divino  
raudal inextinguible

de saber, de bondad y de clemencia,  
fue trono de feroces magistrados,  
cuya justicia impía  
vengar de Dios la injuria presumía.

¡Olvido eterno a su crueldad! y sea

castigo a tanto crimen  
el perdón, que las víctimas conceden.  
Si es posible, tu velo, oh tolerancia,  
sepulte sus errores,  
y tú, prole futura, los ignores

Hijos gloriosos de la paz, el día  
del bien ha amanecido:  
cantad el himno de amistad: que presto  
lo cantará gozoso y reverente  
el tártaro inhumano

y el isleño del último Océano.